

GEORGES GURVITCH

LA CRISIS DE LA EXPLICACIÓN EN SOCIOLOGÍA¹

TODA combinación de los términos “crisis” y “sociología”, si no se definen éstos, podrá provocar un movimiento de impaciencia e irritación. Los oyentes y lectores menos bien dispuestos se inclinarán a hablar, quizá, de un “escándalo”, olvidando, por otra parte, que lo que parece “escandaloso” a los sabios de segunda y a los mediocres es generalmente lo que hace avanzar más a una ciencia.

Algunos considerarán como trivial una discusión sobre la “crisis de la sociología” y aparentemente tendrán razón. ¿Acaso no ha hecho otra cosa la sociología, desde su reciente nacimiento —una centena de años es bien poco para una ciencia— que pasar por crisis? ¿Y acaso no se ha considerado con frecuencia que la sociología aporta los medios para resolver las grandes y pequeñas crisis que sacuden la realidad social? Crisis de las relaciones entre filosofía de la historia y sociología, crisis de la investigación del “factor predominante”, crisis del evolucionismo, crisis del racionalismo social, crisis de la “comprensión” que rechaza la explicación, crisis del formalismo, crisis del psicologismo a la Pareto, a la Freud, y más recientemente, a la Moreno; crisis de la relación entre la teoría sociológica y la investigación empírica en sociología, que alcanza su punto más agudo, según las características espirituales de Sorokin, en la *testomanía* y la *cuantofrenia*...² No quisiera abusar de la enumeración de las crisis, que de ninguna manera se encuentra agotada.

Sobre todo, es importante insistir en el hecho de que todas las crisis en so-

¹ Este artículo reproduce los pasajes principales de dos discursos pronunciados en las *Pláticas de Royaumont, Pentecostés, 1956* —el discurso de presentación y el de conclusión— ya sea resumiéndolos o desarrollándolos.

² Cf. P. SOROKIN, *Fads and Foibles in Modern Sociology*, Chicago, 1956, pp. 51 y ss., 102 y ss.

ciología, aparte de su correspondencia con las crisis sociales, a las que han servido de réplicas, han estado ligadas siempre al problema de la explicación, ya sea que se haya querido *explicar demasiado*, que se hayan dado *explicaciones* falsas, que se haya reducido demasiado la explicación en favor de una simple demostración, o ya sea, en fin —como en las investigaciones empíricas de hoy día, sobre todo en los Estados Unidos y entre los imitadores franceses de los norteamericanos—, *que se haya renunciado casi completamente a la explicación*, transformando la sociología en sociografía en el mejor de los casos.

La tendencia a “explicar demasiado” es ejemplificada por el evolucionismo que desemboca en una “filosofía de la historia”, la que se considera capaz de saber “a dónde va la sociedad”, en qué consiste el “sentido de la historia”, y que toma como inevitable lo meramente “deseable” desde el punto de vista de un grupo o de una clase social.

Las “falsas explicaciones” consisten en recurrir a “factores predominantes” —destruyendo la integridad de la realidad social— o en la investigación de las “leyes generales” en sociología, cuya constancia es imposible probar, como también en la búsqueda de “formas sociales”, o “significaciones internas” abarcadas por la comprensión, o modelos abstractos (técnicos, culturales, estadísticos, matemáticos) separados de las totalidades sociales concretas, de sus estructuras y coyunturas.

La reducción de la explicación a una simple demostración tiene su ejemplo en el empleo abusivo de la técnica tipológica por una parte, y por la otra de la técnica monográfica, con lo que ambas sufren una esclerosis mediante el paro artificial de la vida y del movimiento social. Otro ejemplo lo proporciona la separación facticia de los grupos y los sectores de la sociedad global en que están integrados. No por nada el psicólogo Kurt Lewin ha opuesto los “fenotipos” a los “genotipos” y el autor de estas líneas se ha visto en la necesidad de insistir en la dialéctica entre la microsociología, la sociología de grupos y de clases y el estudio de la sociedad global. . .

Finalmente, la renunciación completa o casi completa a toda explicación se ejemplifica hoy día con la investigación empírica norteamericana, cuya forma más ingenua y extendida consiste en la fe, en la posibilidad de describir la vida social sin apoyarse más que en un mecanismo técnico de sondeos, de cálculos y de estadísticas, sin ningún aparato conceptual clarificado. Parece como si los hechos sociales fueran flores que crecen en el campo y que el sociólogo no tiene más que cortar. Desde este punto de vista, la proliferación enorme de las encuestas empíricas en los Estados

Unidos durante estos últimos 25 años está en un nivel muy inferior, no solamente en relación con las dos investigaciones ya clásicas, la de Thomas y Znaniecki, *The Polish Peasant in Europe and America* (3 vols.), 1918-1921, y la de Robert Lynd, *Middletown*, 1929, *Middletown in Transition*, 1937, sino también en Francia, con la de F. Le Play y su escuela, que pertenece a una época bien anterior.

Como lo ha demostrado recientemente R. K. Merton, con el que no siempre estamos de acuerdo, no es por casualidad que la mayoría aplastante de los investigadores empíricos norteamericanos no sepan distinguir lo importante de lo accidental y no tengan idea alguna de las cuestiones a las que deberían responder.³ La misma queja ha sido expresada de manera aún más contundente, mucho antes de Merton, por Robert Lynd, en su libro *Knowledge for What?* (1943) que revela al mismo tiempo las implicaciones conformistas y partidaristas de la llamada descripción para ver. Pero ningún teórico o investigador norteamericano ha llegado a la verdadera explicación; ni Sorokin, ni su antípoda, el presuntuoso y confuso Parsons, ni Merton, ni Lynd, no obstante ser conscientes de la necesidad de una interpenetración de la investigación empírica con un aparato conceptual clarificado. Sorokin se detuvo en la mentalidad cultural y la teoría de los ciclos; Parsons, en las estructuras sociales reducidas a tipos estáticos; Merton en el análisis estructural-funcional que no es más que una pantalla ante la carencia de una investigación explicativa de las fuerzas dinámicas de los cambios; otros más han reemplazado toda veleidat de explicación por las ecuaciones matemáticas, como si los cuadros reales y los cuadros matemáticos coincidieran en una armonía preestablecida. Todas estas maneras de evadirse del campo efectivo de la explicación recuerdan un poco el llamamiento a las "fuerzas dormitivas" de la Edad Media.

En la situación francesa actual, donde ni la herencia de la escuela durkheimiana, ni la herencia del marxismo, generalmente más o menos vulgarizado, ni la de Weber, ni siquiera la de Le Play, han sido lo suficientemente explotadas como para haberse superado efectivamente, los investigadores de las jóvenes generaciones están en proceso de repetir, por etapas, los errores de la "testomanía" y de la "cuantofrenia" norteamericanas. Les sacan provecho sobre todo para "destruir lo infame", o sea, toda conceptualización teórica en sociología; y también para evitar completamente la explicación, como si un protocolo de encuesta pudiera reemplazar los resultados de la misma y como si el valor de estos resultados

³ Cf. R. K. MERTON, *Social Theory and Social Structure*, 1951, *passim*.

no se midiera según su *fuerza explicativa*. No obstante, Marcel Mauss —que unió lo mejor de la ciencia de la “sociedad en acto” de Saint-Simon con el estudio de las fuerzas productivas de Marx y “la explicación de lo social por lo social” de Durkheim, al introducir su concepto de “fenómeno social total”, erigido a la vez contra el institucionalismo, la comprensión separada de la explicación y el espiritualismo latente o confesado— ha dado el ejemplo de la ligazón entre la investigación empírica, la explicación y la teoría.

Nos alejaríamos de nuestro tema si analizáramos las múltiples razones por las que la herencia fundamental de Mauss ha sido seguida tan poco hasta ahora. Todo lo que queremos señalar aquí es que la crisis de la explicación sociológica es tan actual en Francia como en los Estados Unidos, y ello a pesar de una tradición bastante distinta. Salvo raras excepciones, como las de Gabriel Le Bras en sociología religiosa, G. Balandier en sociología colonial, C. Levi-Strauss en sociología etnológica, la explicación ha sido colocada en el último lugar, si es que no ha sido ignorada, en los estudios empíricos franceses de la actualidad.

La crisis de la explicación en sociología no nos parece presentar la menor duda. Vamos a enumerar en seguida sus variadas razones y sus diferentes aspectos. Pero antes quisiéramos señalar el enorme peligro de la desintegración de la sociología en ciencias sociales distintas e independientes, de las que no sería más que el *corpus*, la cobertera, o simplemente el común denominador. Como algunas de estas ciencias, tales como la economía política, la ciencia de la organización del trabajo, la lingüística, el derecho, la geografía, la ciencia política, etc., no explican, sino que sólo sistematizan con finalidades prácticas, parecen justificar el fracaso de la sociología en el campo explicativo, a pesar de que elaboran por cuenta propia sociologías espontáneas adaptadas a sus necesidades, es decir, a sus dogmatismos. Sólo la incomprensión o mala fe podría definir tal situación como una marcha hacia la integración de las ciencias sociales en la *Ciencia del Hombre*. Esa integración no puede realizarse más que bajo el *dunvirato* de la sociología y de la historia, si éstas estudian los fenómenos sociales totales con una finalidad eminentemente explicativa.

En segundo lugar, la sociología corre el peligro de transformarse en una ciencia auxiliar o una ciencia exclusivamente aplicada, llamada a indicar las mejores formas de “adaptación” de grupos recalcitrantes a estructuras y coyunturas adquiridas, o a elaborar planificaciones eficaces en un marco social preciso. Dejando a un lado el conformismo inherente a toda investigación de “adaptación”, y la necesidad de conocer la diná-

mica frecuentemente escondida de la estructura, para ayudar a una planificación, insistamos desde el principio en el hecho de que la sociología, si quiere ser una ciencia en el pleno sentido de la palabra, debe forzosamente conducir a la explicación. Bachelard dijo alguna vez, con mucha justicia, que la ciencia no es la ciencia de lo general, sino la *ciencia de lo escondido*. Por consiguiente, agregamos nosotros, la explicación es, en primer lugar, la investigación de lo escondido y en ninguna parte es tan difícil encontrar lo *escondido* como en la sociología. Si, como ha dicho León Brunschvicg, lo verosímil se opone frecuentemente a lo verdadero, es necesario subrayar que en sociología, cuando se encuentra lo “escondido” y se llega a una “explicación”, ésta parece, más que en otras partes, “inverosímil”. Ello se debe al carácter mismo de los “fenómenos sociales totales” en marcha y se expresa sólo muy parcialmente en las organizaciones, las estructuras, los símbolos, los mitos y las ideologías. Los resortes de las fuerzas volcánicas que mueven los fenómenos sociales totales son los más escondidos desde el ángulo social y científico. Ay de los sociólogos que se ocupan de empujar las puertas abiertas, que se dedican a las falsas evidencias, o que manejan las llaves que abren todas las puertas; esas puertas no conducen generalmente a ninguna parte, y la explicación, en vez de encontrar lo “escondido”, se queda en una mera tautología.

El tercer peligro que produce la crisis actual de la explicación en sociología es la tecnocratización de ésta y sobre todo de sus representantes. Esta tecnocratización ha alcanzado su colmo en los Estados Unidos, pero los investigadores de las jóvenes generaciones en Francia se lanzan a ella en una carrera vertiginosa. Tecnocracia significa poder económico, administrativo, político, obtenido por el conocimiento técnico y la competencia en el manejo de los procedimientos apropiados y de las máquinas. Preadados de la “testomanía” y de la “cuantofrenia”, atraídos por las armonías milagrosas que se conseguiría establecer en los “grupos pequeños” y después de haber establecido algunos protocolos de investigación y empujado algunas puertas abiertas (con o sin el apoyo de psicoanálisis y de la sociometría), los jóvenes investigadores se sienten listos a ofrecerse como técnicos de las “*human relations*”, como “armonizadores” y “planificadores”, de preferencia en la industria privada y a veces hasta en los servicios públicos. Evidentemente interviene aquí el problema del mercado de trabajo para los sociólogos. Pero las ofertas son también siempre mayores porque las organizaciones patronales y las administraciones se dan cuenta del provecho que pueden obtener de la “competencia”, o más bien de la

“incompetencia” de sus “consejos sociológicos”: éstos les sirven de coartada y de justificación en los procedimientos disfrazados, pero feroces, de explotación de los obreros, de los pequeños funcionarios, de los consumidores; procedimientos que el sector patronal aplica en la lucha de clases y en los antagonismos sociales, más agudos hoy día que nunca. Así, en vez de intentar *explicar* sociológicamente la tecnocracia, los sociólogos que se dicen partidarios de la investigación empírica se transforman ellos mismos en tecnócratas, tecnócratas de pacotilla, por así decirlo, tecnócratas de parada y de farsa, si se les compara con los tecnócratas cuya competencia está basada en las ciencias exactas (por ejemplo los expertos de las armas nucleares y de la energía atómica). Entre tanto, no se ha aportado ninguna explicación sociológica suficiente a los fenómenos más sorprendentes de nuestra época —los fascismos, las tecnocracias, el éxito de las revoluciones sociales en los países que poseen un proletariado mínimo: primero Rusia, luego China, más generalmente Asia, y ahora quizás África...⁴

¿Cuáles son las razones del patente fracaso de la sociología de las últimas décadas, diría yo hasta del último medio siglo, en el campo de la explicación? Como lo hemos mencionado ya, estas razones son múltiples.

Se trata en primer lugar de la crisis general de las fórmulas rígidas del determinismo. Se ha empujado demasiado al determinismo hacia una necesidad que ya no toca la realidad. No se ha distinguido suficientemente el determinismo (que es la integración de los hechos en alguno de múltiples cuadros, reales o universales concretos —vividos, conocidos, contruidos— que permanecen siempre contingentes y cuya coherencia y continuidad admiten grados de variación) de los diferentes procedimientos técnicos de demostración de ese determinismo. Existe una pluralidad de determinismos y una multiplicidad de técnicas que permiten demostrarlos. Como ni las leyes causales, ni las funcionales, ni las de evolución son aplicables a los cuadros sociales, considerando la medida de su dinamismo, de su inconstancia y de la riqueza de los significados variados que se injertan en ellas, se ha creído en la posibilidad de limitarse a las leyes estadísticas que no explican nada y sólo utilizan el cálculo de probabilidades y que no son aplicables a todos los aspectos de la realidad social.

⁴ La tesis de Lenin sobre la virulencia revolucionaria excepcional de la clase proletaria en los países coloniales, no es aplicable directamente al caso de Rusia, ni al de China, y adolece en cuanto a los países efectivamente sujetos a la explotación de las metrópolis (donde reina el capitalismo organizado) no sólo de una generalidad demasiado amplia, sino también de un paso demasiado brusco y rápido de la demostración del antecedente a la explicación del consecuente.

Se han olvidado las correlaciones funcionales, las regularidades tendenciales, y —sobre todo y ante todo— la causalidad singular que es el procedimiento técnico de explicación determinista que tiene la mayor aplicación en sociología.⁵

En segundo lugar está el abuso de la oposición entre la comprensión y la explicación. Se ha abusado mucho en Francia y en los Estados Unidos de la “comprensión del sentido interno de los comportamientos”, cuyo campeón fue Max Weber, sobre todo para evadir toda explicación en sociología. No obstante, no se ha tomado en cuenta que para el mismo Weber era necesario primero comprender (*deutend Verstehen*), para luego explicar, y ello recurriendo a la causalidad. Se ha prestado menos atención aún al hecho de que Weber no es el inventor de la comprensión; que la ha tomado en préstamo a Dilthey y ha deformado su sentido; que, finalmente, Weber ocupa una posición muy deficiente en cuanto se refiere a la comprensión. Dilthey se había preocupado por comprender las totalidades reales que caracterizan el mundo social e histórico. Consideraba que toda explicación es forzosamente mecanicista, y que por eso mismo destruye las totalidades, los conjuntos. Para él, la alternativa comprensión-explicación se reducía a la del todo y la suma de sus partes, del conjunto socio-cultural y el atomismo. Dilthey no vio la dialéctica que se establece entre la comprensión y la explicación, porque no vio que toda explicación, incluso la mecanicista (que no es de ninguna manera la única forma de explicación), presupone un conjunto real en que está integrado el hecho, lo que es imposible sin la comprensión de ese conjunto. En resumen, no vio que no se podía explicar sin comprender, ni comprender sin explicar, y que estos procesos son momentos inseparables del mismo procedimiento, cuya acentuación varía según el carácter de la totalidad que se estudia. Tampoco se dio cuenta de que las ciencias humanas, y especialmente la sociología y la historia, no se distinguen de las ciencias de la naturaleza más que por una gran riqueza de los significados humanos agregados a las totalidades que estudian, lo que da más relieve a la comprensión en este campo sin separarla de la explicación. En cuanto a Weber, como partidario de la conciencia cerrada y replegada sobre sí misma, y como nominalista impenitente, hizo desaparecer las totalidades concretas y negó totalmente la comprensión porque ésta sólo puede ser intuitiva. En su pensamiento se unieron el calvinismo y el kantismo,

⁵ Cf. nuestro análisis en *Determinismos sociales y libertad humana*, 1955, pp. 15-67 y *passim*.

para reducir la comprensión a la introspección de los “sentidos internos” que, en el mejor de los casos, eran sólo “reflejos” de valores e ideas ideales, que se encontraban fuera de toda realidad, inclusive la realidad social. . . La sociología se encontró así sometida entre la “comprensión” degradada y el espiritualismo de los significados apenas encubiertos— a sistematizaciones hechas por la teología, la filosofía y las ciencias sociales independientes. La exigencia de la explicación que sigue a la comprensión desapareció por falta del cuadro social real que Weber desmigajaba y demolía. ¿Quién se sorprende, en estas condiciones, del golpe en falso de las explicaciones raras que él intentó, como la del régimen capitalista por el dogma calvinista de la predestinación y de su confirmación por el éxito económico? . . .

En tercer lugar, el retroceso y la falta de explicación en sociología se deben a la tendencia de cada una de sus ramas particulares (cuyo número se ha multiplicado) a encerrarse, para la explicación, en sus propios límites. Si se puede, hasta cierto grado, justificar algunos de los sectores de la “sociología del espíritu” (tales como la sociología del conocimiento, de la moral, de la religión, del derecho o de la educación), cuando toman precauciones especiales en el campo de la explicación para evitar la huida o la disolución del objeto mismo de su investigación, es necesario al mismo tiempo recordar que al afirmarse como ramas de la sociología (y no como ciencias humanas independientes o como disciplinas filosóficas), sólo se pueden distinguir unas de otras en el punto de *partida* y no en el de *llegada*. Pueden comenzar en cualquier nivel de profundidad y con cualquier actividad colectiva específica. Para llegar a un conocimiento de conjunto, que ponga en relieve los fenómenos sociales totales en marcha y los hombres totales que participan en ellos y que no pueden desmembrarse, deben considerar todos los niveles de profundidad, todas las escalas (formas de sociabilidad, agrupamientos, clases, sociedades globales), todas las correspondencias y todos los reajustes, incluyendo los que intervienen entre organizaciones, estructuras y elementos no estructurales al igual que entre los actos y las obras. Los tipos discontinuos y al mismo tiempo dinámicos que establece la sociología en todas sus ramas, y que culminan en los tipos de fenómenos sociales totales globales, son elaborados no para establecer las imágenes de Épinal, sino para promover *la explicación* en sociología. Estos tipos no son ni “fenotipos” ni “genotipos” (K. Lewin), sino designaciones de cuadros reales en donde retumban fuerzas volcánicas, específicas y donde se producen cambios y explosiones. . .

En cuarto lugar, la falta de entusiasmo por la explicación en sociología,

o para decirlo todo, la crisis de la explicación, se debe al fracaso de los procedimientos dialécticos en sociología. En la sociología no marxista, este fracaso tiene por origen la colocación en compartimientos separados, la ausencia de todo análisis dialéctico, indispensable para comprender concretamente los fenómenos sociales totales en marcha, en tanto que en la sociología marxista se debe a una interpretación dogmática de la dialéctica, sometiéndola al materialismo preconcebido, así como a la confusión entre el análisis dialéctico y la explicación que son realmente siempre dos cosas distintas. Precisemos brevemente los términos.

Los distintos niveles de profundidad de la realidad social, las distintas escalas sociológicas, las relaciones entre Yo, Otro, Nosotros, entre actos y obras, elementos no estructurales, estructuras, organizaciones, entre determinismo sociológico y libertad humana, en fin, el movimiento mismo de los fenómenos sociales totales, no pueden comprenderse, describirse, observarse, conocerse, sin la dialéctica. Toda dialéctica no dogmática, impenitente e intransigente —ni ascendente, ni descendente, ni las dos cosas al mismo tiempo— es la purificación previa, que procede mediante la demolición de todo concepto momificado; desemboca en las experiencias infinitamente variadas cuyos cuadros de referencias se vuelven flexibles y son renovados incesantemente. Por eso la hemos llamado hiperempirista. Sin poder tomar su punto de partida ni en el espiritualismo, ni en el materialismo, ni en la mística, no puede proyectarse ni en la conciencia ni en el ser, porque las relaciones entre estos dos son ellas mismas dialécticas, y deben ser dialectizadas. El hiperempirismo dialéctico, precediendo a toda ciencia y a toda filosofía, en ninguna parte es tan indispensable como en el estudio sociológico, esa ciencia de la condición humana por excelencia, porque nada es más dialéctico que lo humano. Los diferentes procedimientos técnicos del hiperempirismo dialéctico: la complementariedad, la implicación mutua, la ambigüedad, la polarización y la reciprocidad de las perspectivas, en ninguna otra parte son impuestas con tal relieve por los recodos mismos del campo estudiado como en la realidad social. . . No obstante, si bien la dialéctica hiperempirista ayuda a desenmascarar la dogmatización de toda situación, toda solución fácil, toda sublimación consciente o inconsciente, todo aislamiento arbitrario, todo paro de movimiento, sin embargo en sí mismo no explica, no nos da esquemas de explicación. Nos conduce al *umbral de la explicación*, pero *no atraviesa ese umbral*. Nos enseña que la explicación debe buscarse en los fenómenos sociales totales en marcha, sujetos a fuerzas volcánicas. Puede sólo plantearnos preguntas, pero en sí misma no nos proporciona respuestas. El recurso a la dialéctica como explicación —no solamen-

te a la dialéctica materialista, sino a los procedimientos del hiperempirismo dialéctico— nos parece que sólo fomenta una descripción pura, por muy refinada que sea. “La hija más bella de Francia no puede dar más de lo que tiene”. Se puede y se debe preparar la explicación mediante la dialéctica empirista, pero no se puede reemplazar la primera por la segunda. La explicación debe encontrarse nuevamente en cada ocasión.

En quinto y último lugar, la crisis de la explicación en sociología se debe a la crisis de su *teoría general*. Todas las explicaciones en cualquier ciencia están fundadas en teorías. Las explicaciones en física, en química, en biología, etc., realzan de manera notoria las teorías generales en estado de cambio (por ejemplo la teoría transformista por medio de la adaptación y la lucha por la existencia, de Darwin; la teoría de la herencia de los genes-gametos que permiten las combinaciones individuales en el seno de las especies relativamente estables —Mendel y Nandin—; las mutaciones bruscas —Hugo de Vries y Le Dantec, etc.). No puede haber explicación en la ciencia, ni en las ciencias naturales, ni en las humanas, particularmente en la sociología y la historia, que son sus puntos culminantes, sin las *hipótesis de trabajo* que resultan ser verdaderas o falsas en el curso de la investigación. Hasta las hipótesis falsas, tales como la hipótesis evolucionista, la creencia en leyes causales o funcionales en sociología, el materialismo dialéctico o el psicologismo freudiano, valen más que ninguna porque, aplicadas a la explicación de todos los tipos de fenómenos sociales totales, parciales y globales de todas las estructuras, resultan ser inoperantes, pero conducen hacia la investigación de lo efectivamente escondido. Ahora bien, lo escondido cambia con la sociedad, con la clase, con el grupo, con toda situación social global concreta. La fórmula del determinismo sociológico, y por lo tanto de la explicación en sociología, es variable: se derrumba con el derrumbamiento del equilibrio precario de las múltiples jerarquías que caracterizan las estructuras sociales; varía tanto más con la coloración y la virulencia de los fenómenos sociales totales que le son subyacentes, como también con los esfuerzos humanos, colectivos e individuales, que le son centrales. La decepción causada por las hipótesis de trabajo hasta ahora formuladas, la comprobación de las dificultades de unión entre la teoría general y la investigación empírica en sociología, de la que sufrimos hoy día, no nos deben hacer olvidar que la investigación empírica sin explicación en sociología sería “una cabeza muy bella, pero una cabeza de madera, es decir, desprovista de cerebro” según la famosa expresión de Kant. La explicación es imposible sin una teoría sociológica general; cuanto más se desprece la “teoría”, tanto menos posible es la explicación. . .

*

Ha llegado el momento de formular las reglas fundamentales de la explicación en sociología, tal como se desprenden de la teoría sociológica general que hemos tratado de elaborar desde hace un cuarto de siglo, a pesar del gran descontento de los adversarios, tan numerosos en la actualidad, de toda teoría y de toda explicación en sociología (lo cual no les impide recurrir a estas reglas mediante el fraude y el contrabando, reduciéndolas a sus expresiones más simplistas y dogmáticas).

I. La primera regla de la explicación sociológica consiste en el esfuerzo de integración de los elementos microsociológicos en los agrupamientos, de los agrupamientos en las clases sociales, de las clases sociales en las sociedades globales, de éstas en las coyunturas totales concretas en que actúan. Por lo tanto, existe en la explicación sociológica una tendencia hacia el predominio no solamente del total con relación a lo particular, sino de lo global con relación a lo parcial. La explicación en sociología se encamina así de lo abstracto hacia lo concreto. Éste es el elemento esencial de verdad contenido en el pensamiento de Mauss, quien no quería admitir más que los fenómenos sociales totales que fueran al mismo tiempo globales. Pero lo que no entendía es que para comprenderlos y para manejarlos tenemos necesidad de los fenómenos sociales totales parciales (formas de sociabilidad, grupos, clases), y de niveles de profundidad en perpetua tensión, antinomia, interpenetración.

II. La segunda regla de la explicación sociológica, volviendo a los fenómenos sociales totales globales, consiste en tomar como intermediarios a sus estructuras, porque las sociedades globales siempre tienen estructuras, pero nunca se reducen a ellas. En distintos escritos recientes, hemos definido las estructuras globales como los "equilibrios precarios, que deben rehacerse sin cesar mediante un esfuerzo renovado, entre una multiplicidad de jerarquías específicas y variables: niveles de profundidad, formas de sociabilidad, agrupamientos funcionales y clases que les hacen competencia, reglamentaciones sociales, temporalidades, modos de división del trabajo y de acumulación. Estos equilibrios de jerarquías múltiples están armados y cimentados por obras culturales y comúnmente por civilizaciones enteras, que a veces desbordan las estructuras y las sociedades globales, en las que participan entonces al mismo tiempo como productores y como beneficiarios". Esta segunda regla de la explicación en sociología exige que se pase por las estructuras, pero que no se las considere como la meta final de la explicación: las

estructuras globales, como en otras partes las estructuras parciales, no son más que una etapa en el camino hacia los fenómenos sociales totales, fenómenos que albergan fuerzas volcánicas y son los únicos que proporcionan la explicación.

III. La tercera regla de la explicación en sociología consiste en lo siguiente: si las tensiones, interpenetraciones y antinomias entre las estructuras y sus fenómenos sociales totales subyacentes, explican los cambios y los estallidos de las estructuras, éstas a su vez explican el carácter, la fuerza, la debilidad, el cambio o la inmovilidad relativa de los aparatos organizados que están basados en las estructuras y en cuyo equilibrio pueden jugar un papel variado y a veces hasta mínimo.

IV. La cuarta regla de la explicación sociológica consiste en no omitir, no obstante la preeminencia de lo global, el hecho de que esta preeminencia admite grados casi infinitos, y en tener en cuenta las estructuras y los fenómenos sociales totales parciales, sus conflictos intrínsecos y extrínsecos, cuyo ejemplo más manifiesto es la lucha de clases, las antinomias entre los elementos no estructurales y no estructurados pero estructurables, en fin, las estructuras en el seno de los fenómenos sociales totales que exceden a todos los demás.

V. La quinta regla de la explicación sociológica consiste en que nunca podemos atenernos a un solo nivel de profundidad del fenómeno social total global o parcial, sino que es necesario encontrar siempre todos los demás niveles, cuya jerarquía y acentuaciones varían según los tipos y a veces hasta según las coyunturas. Ello confirma al mismo tiempo: *a*) la diferencia entre ciencias sociales independientes por una parte, y la sociología y la historia por otra; *b*) la imposibilidad de separar la sociología como tal de sus ramas particulares cuando se trata de la explicación; *c*) en fin, la variabilidad de toda fórmula del determinismo sociológico.

VI. La sexta y última regla de la explicación en sociología consiste en el esfuerzo por el establecimiento de un contacto, de una colaboración y de un acercamiento entre la explicación sociológica y la explicación histórica. La experimentación (que debe distinguirse de la observación en la medida en que la primera es provocada y controlada) no ha tenido éxito en la sociología hasta ahora, al menos en cuanto a los fenómenos sociales totales *macrosociológicos*: los agrupamientos particulares, y con más razón las clases sociales y las sociedades globales. En ausencia de estos experimentos, cuyos únicos presentimientos efectivos son las planificaciones de gran envergadura y a largo plazo (si se colocan aparte los experimentos involuntarios debidos a las guerras y las revoluciones) la explicación sociológica

no puede ir más allá de la integración directa en los conjuntos, las correlaciones funcionales, las regularidades tendenciales y la causalidad singular. Ahora bien, esta última, siendo *el más explicativo* de los procedimientos mencionados, es más cerrada, más continuista y más individualizada en la historia que en la sociología. Resulta que, entre todas las ciencias del hombre, sólo la historia explica mejor y con más seguridad que la sociología. Como la historia es, al mismo tiempo, la única concurrente de la sociología en el estudio de los fenómenos sociales totales en marcha, el problema de la relación entre la sociología y la historia se encuentra planteado con fuerza, pasando por el problema de la explicación.

Si las dos ciencias no vuelven a caer en un realismo cándido y distinguen el método, la realidad y el objeto que es la resultante de la unión de los dos primeros elementos, entonces se completan perfectamente.

La realidad histórica es una parte privilegiada de la realidad social: es la colectividad prometeica; es el Nosotros, los grupos, las clases, las sociedades globales que toman conciencia de sí mismas y de la capacidad que tienen —y que el hombre tiene colectiva o individualmente— de transformarse ellas mismas y de modificar los fenómenos sociales totales, es decir, las estructuras y las organizaciones. La destrucción histórica está cercana de la destrucción de la conciencia de la libertad que actúa en la realidad social. Aquí los hombres entrevén, colectiva o individualmente, la posibilidad del cambio o del estallido de las estructuras sociales como resultado de la acción humana concentrada. En particular, todo fenómeno social total de carácter global, en donde surge la conciencia de posibles revoluciones o contrarrevoluciones, provocadas por la voluntad de los participantes, es una sociedad histórica. Y debido a esta intervención de los grados más elevados de la libertad humana (elección, invención, decisión, creación) en el engranaje mismo del determinismo que caracteriza los fenómenos sociales totales prometeicos, la realidad histórica es más discontinuista que la realidad social de la que es parte. La insistencia misma en la tradición, los vestigios, la memoria histórica, dejando a un lado las cuestiones de método, no es más que el contragolpe continuista, que viene de la conciencia, de la posibilidad del derribamiento, del estallido, de la negación voluntaria de la continuidad por la discontinuidad. La historicidad y la realidad histórica existen, por lo tanto, fuera de todo método histórico y de toda historiografía y se afirman acentuando la discontinuidad.

Pero, si se pasa de la realidad, del campo al método, se demuestra una paradoja: la historia, como ciencia, aplica un método bastante más conti-

nuista que la sociología. El método de la sociología es tipológico, el de la historia es individualizante. El objeto de la sociología es la tipología de los fenómenos sociales totales, los tipos microsociológicos, los tipos de agrupamientos, los tipos de clases, los tipos de las sociedades globales, de sus movimientos de estructuración y de desestructuración en el interior de los tipos colocados en los tiempos reconstituídos según sus rupturas vividas, es decir "en proceso de hacerse y rehacerse". El objeto de la historia lo constituyen los fenómenos sociales totales en lo que tienen de irreplicable y de irremplazable, en sus estructuras y de este lado de sus estructuras, colocándolos siempre en un tiempo *reconstruido*,⁶ donde el pasado se vuelve presente y el presente se vuelve pasado. Desde el punto de vista del método, la sociología es bastante más discontinuista que la historia, porque tiende a poner de relieve la discontinuidad de los tipos, de las escalas, de las temporalidades y de las jerarquías de tiempos múltiples. La historia, por el contrario, bajo el ángulo del método, es conducida a llenar las rupturas, a echar puentes entre los tipos sociales que singulariza e individualiza hasta el límite, a pasar, sin solución de continuidad, de las estructuras globales a los fenómenos sociales globales, reconstruyendo la continuidad del tiempo.

La paradoja de una ciencia histórica continuista que estudia una realidad histórica que se inclina hacia la discontinuidad, y de una sociología discontinuista que estudia una realidad social más continuista que aquella que constituye el dominio de la historia, surge de un origen triple: *a*) la ambigüedad del tiempo histórico; *b*) la dificultad de paso entre el tipo de estructura y el fenómeno social total que también está en marcha volcánica; *c*) el carácter a la vez singular y estrecho de la causalidad histórica. Son sobre todo los dos últimos puntos los que nos interesan aquí, porque conducen directamente a la demostración de la eficiencia mayor de la explicación histórica con relación a la explicación sociológica.

a) La ambigüedad del tiempo histórico consiste en el hecho de que se encuentra ya en un pasado, por lo común bastante lejano. A veces, como en la historia contemporánea, se ha estacionado artificialmente y se considera, de manera ficticia, como ya pasado. La reconstrucción del tiempo pasado se hace según criterios que vienen de preferencia de una sociedad actual dada, bajo el ángulo de un grupo o de una clase social particular: por eso toda sociedad está en proceso de reescribir incesantemente su histo-

⁶ Los *criterios* de esta reconstrucción son variados y son tomados en préstamo, transmitidos o vividos en grados distintos.

ria y la verdad histórica está plagada de ideología. En todo caso, el tiempo reconstruido por el historiador es siempre continuista porque ha pasado y desde ese punto de vista el historiador está condenado a “predecir el pasado”, lo que frecuentemente se vuelve tentación... de predecir el futuro, empresa ésta que ni la historia ni la sociología están capacitadas para hacer bien.

b) Si el alcance de la explicación histórica parece estar limitado por el continuismo que tiene su origen en la ambigüedad del tiempo histórico, se encuentra, por el contrario, reforzado por el continuismo que se debe al hecho de que la historia, al singularizar hasta el límite las estructuras, llega a comprender mejor que la sociología los fenómenos sociales totales que desbordan estas estructuras. Este contacto más directo con las fuerzas volcánicas, con la materia ígnea de los fenómenos sociales totales, permite a la historia seguir las transiciones y descubrir continuidades debajo de las estructuras y de sus tipos mejor que la sociología. Aquí donde la explicación histórica supera a la explicación sociológica.

c) Igualmente la supera en la continuidad del encadenamiento causal estrictamente irreplicable. En la explicación sociológica, la causalidad singular implica varios grados. Así, la causalidad singular parece volverse más intensa; 1) Yendo del determinismo de la superficie morfológica a los determinismos de modelos, de reglas, de papeles sociales; de éstos a los determinismos de símbolos, ideas, valores y de la mentalidad colectiva; 2) Yendo de los microdeterminismos a los determinismos de agrupamientos particulares y de clases sociales. 3) En fin, yendo de los determinismos unidimensionales y de los microdeterminismos y de sus unificaciones parciales hacia el determinismo de estructuras y de tipos de fenómenos sociales totales globales. Si se logra efectivamente ligar estos últimos como causas con efectos precisos, el encadenamiento causal se singulariza mucho. No obstante, esta ligazón permanece con frecuencia bastante incierta por ser tan grande el abismo entre causa y efecto, cuando se trata de tipos y de estructuras, y por intervenir aquí perturbaciones múltiples entre el antecedente y el consecuente.

La situación no es la misma en cuanto a la perspectiva de la historia como ciencia. La “causalidad histórica” intensifica la singularidad de la liga causal en mayor grado que la causalidad sociológica, al mismo tiempo que le da más continuidad y por eso mismo mayor certeza. En efecto, en el tiempo ya pasado, pero reconstruido y hecho presente, de la historiografía, el encadenamiento causal se afirma como rigurosamente irreplicable e

irreemplazable y sin embargo ajustado de tal manera que el historiador llega a explicaciones mucho más rigurosas que el sociólogo. Los historiadores frecuentemente han esperado que los sociólogos proporcionen “la explicación”. No han tenido razón. Son, en última instancia, los sociólogos quienes deben buscar la explicación en la historia. Porque es en la situación total concreta y su causalidad estrictamente singular, en que se unen mejor, por lo demás, el determinismo y la libertad humana, (tanto la colectiva como la individual), en donde se llega a las explicaciones más satisfactorias, en todo lo que se refiere a la condición humana.

Como la sociología y la historia se completan en el campo de la explicación, la única salida de la crisis actual de la explicación sociológica reside en una colaboración fraternal entre sociología e historia, en la que toda segunda intención imperialista estaría excluida de un lado como del otro.

La sociología proporciona a la historia cuadros conceptuales de la totalidad singular e irrepetible en marcha (los tipos, las estructuras, las coyunturas, las estructuraciones y las desestructuraciones, los fenómenos sociales totales y su volcanismo). La sociología además puede ayudar a la historia a reducir a un mínimo el carácter ideológico de su verdad, ligado a la ambigüedad del tiempo reconstruido y a los criterios aplicados a esa reconstrucción.

Pero es la historia la que, a su vez, no sólo proporciona los materiales más indispensables a la sociología, sino que le entrega los esquemas explicativos más cerrados. Por lo tanto, que se alíen las dos disciplinas, renunciando a sus orgullos recíprocos y oponiéndose a su enemigo común: la filosofía de la historia. En nuestra opinión, la solución de la crisis actual de la explicación en sociología reside en una crítica mutua y una colaboración eficaz de la explicación sociológica y de la explicación histórica, apelando ambas a situaciones totales concretas y a reacciones concretas de esfuerzos humanos para dominar estas situaciones. Esta solución exige, aparte de toda otra condición, una renuncia efectiva al conformismo social y al profetismo social, de los cuales es siempre tan difícil librarse.

Facultad de Letras.

Universidad de París.

(Traducción de Rodolfo Stavenhagen)